

miércoles 27 de junio de 1990

*Debilidad de una Modernización Selectiva*

## Dudan los Capitales Externos

- ★ Nuestro Rostro Político no Corresponde al Económico
- ★ Ofrecer Mano de Obra Barata ya no es Suficiente
- ★ Prueba de Fuego, la Apertura a una Democracia Real

LORENZO MEYER

Todo indica que el proyecto original del salinismo era usar los remanentes del autoritarismo mexicano para acelerar el ritmo de la revolución económica neoliberal. Se partía del supuesto de que una vez conseguido el cambio en el aparato productivo, y montado sobre el triunfo que significaría la reactivación del crecimiento económico, entonces y sólo entonces el gobierno podría abrir las compuertas del sistema político y dejar avanzar al pluralismo democrático sin temor de que se volviera a repetir la situación de julio de 1988. Todo hace suponer que el proyecto original se mantiene, pero también que tiene un problema imprevisto: el capital no está llegando del exterior en las cantidades previstas, y quizá una de las razones sea, justamente, que se sigue a la espera de la modernización política, prometida pero no cumplida.

Nadie duda que en el frente externo, el gobierno actual ya haya ganado los corazones de las élites

# DUDAN LOS CAPITALES EX

Agua de la primera plora

económicas y gubernamentales de los países que cuentan —Estados Unidos, Europa Occidental, y ahora, Japón—, pero la debilidad de los flujos de capital parecen indicar que aún no han ganado las alforjas de esos corazones. La inversión externa en 1989 se calcula en apenas 2,242 millones de dólares, es decir 353 millones menos que en 1988 y justo cuando el déficit en cuenta corriente pasó de 2,443 millones de dólares a 5,449 millones. Sin la inversión de dólares en el aparato productivo mexicano, libras, marcos, francos o yenes, el torrente de palabras grandilocuentes que los líderes de los países industrializados han derramado sobre las cabezas de los actuales dirigentes del gobierno mexicano, no valen gran cosa.

En efecto, pese a todas las declaraciones positivas de presidentes, primeros ministros, banqueros e industriales de las grandes potencias, la inversión extranjera directa no parece estar llegando en las canti-

dades que se había previsto originalmente, y tales inversiones —sean de empresarios extranjeros o de los mexicanos que sacaron sus capitales hace diez años— son indispensables para acelerar el crecimiento de nuestro Producto Interno Bruto (PIB) e iniciar el círculo virtuoso que permita absorber el desempleo, aumentar las exportaciones, aliviar los problemas de balanza de pagos, y, finalmente, evitar un descalabro electoral del partido del gobierno —llámese PRI o como sea— en 1991 y .. 1994.

★

Las razones de que el capital externo no muestre por México en la práctica el mismo entusiasmo que en el discurso, son varias y complejas. Entre otras están las siguientes: a) que la mano de obra barata pero no muy calificada (uno de los supuestos atractivos principales que México ofrece al inversionista externo) ya no es un factor tan importante como era antes en el total de los costos de las empresas transnacionales b) que

si bien los reglamentos de la ley mexicana de inversión extranjera se han modificado para adaptarlos a las exigencias de la inversión externa, la ley misma no se ha modificado y aún lleva el sello del ambiente nacionalista que prevalecía en el echeverrismo; c) que la apertura de la Europa del Este a la economía de mercado, dé a la inversión internacional la posibilidad de optar por un área en que la mano de obra es, a la vez, relativamente barata y con un nivel de educación y disciplina mayor que el de la mexicana; d) que los términos del futuro Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos (TLC) aún están por negociarse y nadie sabe cómo saldrán después de cruzar las tormentosas aguas del Congreso y la burocracia estadounidense; e) finalmente, está el factor político: la duda de que realmente haya consenso en México en torno del proyecto neoliberal.

Sin poder señalar con toda precisión cuál es la influencia de ese último factor sobre el ánimo de los inversores, es posible suponer que pesa un poco más de lo que inicialmente se había supuesto en el gobierno. Sea como fuere, es innegable que entre más corre el tiempo, más resalta la cautela de los capi-

tales internacionales frente a la entusiasta y reiterada invitación que se les ha hecho para que vengán a establecerse en un México donde las fuerzas del mercado y no los del Estado van a ser las determinantes de la asignación de los recursos escasos.

No es del todo aventurado suponer que una de las posibles razones de esa cautela es el hecho evidente de que la modernización mexicana no ha sido integral sino selectiva; su rostro político no corresponde al económico. Como quedó apuntado, ese desfase no es accidental, estaba programado, pero ahora está resultando disfuncional porque le da un toque de incertidumbre a la situación mexicana. En efecto, el gran capital no puede ser indiferente al hecho de que algunas de las victorias electorales del partido del Estado sigan llevando el sello de la sospecha o a las acusaciones de violación sistemática de derechos humanos, pues ambas son indicaciones de que el sistema político no goza de buena salud.

★

La experiencia histórica nos dice que, en principio, al gran capital le tiene sin cuidado si el país periférico donde invierte es democrático, autoritario o totalitario, si las elecciones son o

no ejemplo de limpieza, o si los derechos humanos son o no respetados. Sin embargo, ese capital no es indiferente a los efectos desestabilizadores que de tarde en tarde tiene la contradicción entre el ámbito legal y las acciones del gobierno. En efecto, para la gran empresa transnacional, la estabilidad política es un elemento valioso porque afecta lo que realmente le resulta importante y vital: la ganancia.

A la larga, legitimidad, estabilidad, predictibilidad y ambiente propicio para los negocios, van de la mano. Veamos un ejemplo lejano en el espacio pero actual e ilustrativo: el de Sudáfrica. Durante mucho tiempo ese país dominado por una minoría blanca fue una región con enormes atractivos para el capital internacional por sus recursos naturales, y a ese capital no le importó que todo el sistema de poder sudafricano estuviera basado en premisas moralmente inaceptables y premodernas. Sin embargo, desde hace ya varios años, ese capital empezó a encontrar inadecuado el ambiente creado por el apartheid debido a que los grandes grupos raciales excluidos de la estructura de poder empezaron a negarle y a llevar a cabo una lucha de resis-

tencia. La represión del gobierno sudafricano —masacres, encarcelamiento de líderes, etcétera— no recuperó la estabilidad perdida. Ahora, tras mucha sangre derramada, la minoría blanca ha empezado a desmantelar su brutal sistema de control político. Y lo hace menos por convicción y más mucho más, por conveniencia, pues desean devolver a su país el atractivo que alguna vez tuvo para el gran capital internacional, y que ahora exige un arreglo entre negros y blancos antes de poder volver a ver a Sudáfrica como una de las mejores opciones en el amplio mundo de la periferia.

Bueno, México está lejos de ser Sudáfrica (aunque en una reunión organizada por la Secretaría de Gobernación el sexenio pasado, el famoso politólogo de Harvard Samuel P. Huntington, consideró que el monopolio del poder por una minoría en los dos países les daba cierta similitud), pero el gobierno mexicano tiene también un problema con la falta de legitimidad de su peculiar sistema de partido de Estado, pues le da la imagen de un arreglo

premoderno, caduco, poco sólido. Las reacciones recientes del New York Times a las dos caras de México ejemplifican bien este dilema. Como se recordará en la edición del domingo 3 de junio de ese diario estadounidense, no se ahorraron elogios al Presidente Carlos Salinas y a su gobierno por haberse decidido a poner en marcha una modernización económica que fue calificada de "modelo a seguir por el resto del mundo". Sin embargo, en su edición del día 21, ese mismo diario informó a sus lectores que en materia política México dista mucho de ser un modelo a seguir.

En este último artículo, el corresponsal del New York Times en México puso el acento en los tradicionales aspectos autoritarios del sistema de gobierno mexicano, particularmente en las amenazas y las campañas de hostigamiento a sus críticos, represión de los opositores de centro-izquierda, y la violación constante e impune de los derechos humanos por el ejército y las policías, violaciones ampliamente documentadas en el reporte más reciente de Americas

Watch. Las elecciones sin credibilidad de Michoacán también salieron a relucir en esa nota de primera página. De esta manera, el influyente diario de Nueva York subrayó la gran contradicción de la política mexicana actual: modernización en lo económico pero atraso autoritario en lo político.

Los reportajes contrastantes del New York Times sobre México no le están descubriendo nada a alguien que en Estados Unidos se interese por México, simplemente están poniendo en blanco y negro lo que todos los analistas de riesgo político de las grandes empresas norteamericanas, europeas o japonesas, ya saben: que la modernización mexicana no es integral, que la defensa cerrada de intereses personales y de pequeño grupo están retrasando el momento en que el proceso electoral pueda desempeñar plenamente en México el papel que debe tener en todo sistema político moderno: el de cimentamiento de la legitimidad, que a su vez es la argamasa con la que se levantan los muros de la estabilidad del edificio político.

★

De todo lo anterior se puede llegar a una propuesta. Si, como dicen los dirigentes del gobierno, su objetivo central es devolver la viabilidad económica a México por medio del neoliberalismo, entonces tienen la obligación de actuar en consecuencia y hacer de esa modernización un proceso total, es decir, creíble. Para lograr sus objetivos económicos, la tecnocracia gobernante debe hacer a un lado su resistencia y temores a desmantelar el autoritarismo que la engendró, pues de lo contrario no van a lograr la credibilidad que necesitan para hacer triunfar su proyecto.

En conclusión, para que el resto del mundo acente como auténtica nuestra apertura económica, deberá estar convencido de que ésta ya pasó la prueba de fuego: la existencia de una apertura política real, de la democracia.